

## UNA UNIVERSIDAD POR TELEVISIÓN EN LOS ESTADOS UNIDOS

El campo educativo norteamericano presenta feracidad de tierra virgen sobre la que vuela un pájaro imaginativo y creador buscando siempre un nuevo canto en una nueva rama.

Esta nueva rama a veces no sostiene tan sólo un nuevo canto, sino también una nueva postura, porque lo que ahora se nos ofrece es a la vez imagen y sonido en la fórmula hasta el presente inédita de la Universidad por Televisión.

La televisión puede estudiarse desde un poliedro de ángulos que van desde sus dimensiones científicas, artísticas y comerciales hasta su valor revolucionario en la psicología y en la sociología. Yo, como no soy ni físico ni comerciante de aparatos electrónicos, me he reservado el campo de las dimensiones humanas de la televisión y de sus repercusiones en el individuo y en la sociedad, sin olvidar la más importante de ellas que es la familia. Todo esto, que es objeto de un ensayo mío sobre la televisión como fenómeno humano, va a concretarse en este artículo a uno de los aspectos de este fenómeno que es el de las posibilidades educativas de la televisión, como integrables en una fórmula institucional, es decir, una escuela en la que las enseñanzas se imparten exclusivamente por televisión.

Este problema no me lo he planteado yo, sino que ha llegado a mí en forma de un congreso o reunión celebrada en la Universidad de Georgetown, en Washington, por el Instituto de Televisión Educativa, durante los últimos días de octubre del presente año. Yo asistí a las reuniones como a un espectáculo, pero muy pronto, a los pocos minutos, el espectáculo se me convirtió en problema y empecé a pensar, que es lo más opuesto que un hombre puede hacer ante la televisión.

La reunión desde el primer momento tuvo un carácter elegante, contagiado sin duda del perfil aristocrático de la torre de la Universidad y del mismo prestigio fonético de Washington. El presidente del Comité de Comunicaciones Federales, Paul A. Walker, nos describió cómo hacía un siglo y medio que había llegado a las selvas del Potomac un aristócrata francés, el marqués de L'Enfant, y que al mirar la selva intuyó en ella a la gran ciudad que había de ser la capital del mundo. Algunas de sus avenidas debían tener cincuenta metros de ancho. Una de ellas ciento veinte metros, y más de la mitad del área urbana de-

bería reservarse para las calles. Se pensaba y planeaba, pues, una gran ciudad para un gran futuro. Al llegar aquí, Mr. Walker ejecutó un salto prodigioso y se encontró en el año actual con la Comisión Federal de Comunicaciones, que por ley del 14 de abril había trazado en la rosa de los vientos dos mil posibles estaciones de televisión, como anchas avenidas para el mundo del futuro, y de estas dos mil estaciones había reservado doscientas cuarenta y dos para que fuesen exclusivamente educativas, sin mezcla alguna de lo comercial. Este es el paso histórico y este es el ambiente de exaltación maravillosa en que discurrió el Congreso del Instituto de Televisión Educativa que voy a traducir ahora a un estilo de prosa tranquila, ajena igualmente a Mr. Walker y al marqués de L'Enfant.

Conviene observar atentamente el fenómeno de la televisión en los Estados Unidos en todo su valor factual y numérico. Existen hoy más de dieciocho millones y medio de aparatos de televisión en uso, y como bien se puede calcular, un mínimo de tres personas para cada uno; el gran observatorio humano que tiene sus ojos fijos en la televisión asciende fácilmente a unos cincuenta y cinco millones de norteamericanos. Si cada uno de ellos usa el receptor en un promedio de una hora diaria —que representa un límite mínimo y seguro— nos encontramos con cincuenta y cinco millones de horas diarias dedicadas a la asimilación sensorial de un espectáculo de tremendo poder neuropsicológico. Actualmente hay unas ciento once estaciones de televisión en los Estados Unidos, pero las conexiones por cable coaxial y los relays de microondas cubren a la nación con una fácil red.

Hasta ahora el uso que se ha hecho de la televisión como instrumento educativo ha sido el permitir a algunas instituciones culturales el empleo de parte del tiempo de un programa ordinario comercial, ya sea por cesión gratuita o mediante el alquiler. Si se tiene en cuenta que la utilización de una estación de televisión comercial cuesta doscientos cincuenta dólares por hora en una ciudad pequeña, y hasta más de mil dólares por hora en una capital mayor, bien se comprende que algunas Universidades bien dotadas hayan podido utilizar parte de los programas televisados para presentar en ellos sus clases o conferencias.

Esta utilización pedagógica de la televisión es por otra parte un paso más en un método pedagógico que ya se venía empleando con el



uso de la radio educativa, de la cual hay en Estados Unidos ciento treinta y cuatro estaciones que emiten exclusivamente programas culturales, y que son propiedad de Universidades, colegios o agrupaciones de escuelas. Ya el año 1936 la Universidad de Yale había abierto camino con sus experimentos de televisión educativa, pero a partir del año 1946 es cuando la televisión se generaliza en su forma actual, existiendo en el presente ochenta y seis instituciones universitarias que utilizan los servicios de las estaciones comerciales para sus programas de televisión. A esto hay que añadir treinta grupos de escuelas primarias que están presentando programas, y cinco escuelas de Medicina que emplean la televisión para enseñar cirugía y terapia a sus estudiantes.

Así, pues, la ley del 14 de abril, al establecer la organización de las dos mil estaciones posibles en Estados Unidos y reservar el 12 por 100 de ellas, es decir, doscientas cuarenta y dos para propósitos educativos, lo que hacía era tan sólo recoger y reglamentar una serie de hechos y corrientes nuevas que se han presentado en el campo de la Pedagogía.

La respuesta del mundo académico ha sido extraordinaria. Durante los seis meses a partir de dicha fecha se presentaron setecientas cincuenta y nueve solicitudes para nuevas estaciones, de las cuales la Comisión Federal de Comunicaciones ha concedido setenta y ocho. Nueve de las concesiones se refieren a estaciones puramente educativas, sin propósito comercial, en favor de Kansas State College, Universidad de Southern, California, Universidad de Houston, en Texas, y seis estaciones para la Universidad del Estado de Nueva York, situadas en Nueva York, Albany, Binghamton, Buffalo, Rochester y Syracuse.

Ante estos progresos hechos por otros centros educativos, es natural que los educadores de Washington se hayan sentido desbordados y, si se quiere, anticuados en sus métodos, y se hayan, por tanto, apresurado a planear la utilización del Canal núm. 26, que pertenece al espectro UHF y que entre varias ventajas tiene la de que no puede ser recibido por ninguno de los aparatos existentes ahora en el área de Washington. Pero me apresuro a decir que está prevista la venta de una especie de ojo suplementario, o monóculo cultural, a precios reducidos.

Washington presenta una fisonomía académica bastante sorprendente. Esta capital posee el tanto por ciento de población escolar más alto de todos los Estados Unidos. En su área urbana hay más de trescientos centros de enseñanza, que comprenden una serie de instituciones originales o superlativas en su género, como la Georgetown University, la Universidad católica más antigua de los Estados Unidos; la Catholic University, la única Universidad pontificia en la nación; la Howard University, la única Universidad totalmente de

color y la de más estudiantes. Además de ello, la George Washington University, con 10.000 estudiantes, fundada por Monroe y Quincy Adams; la Universidad de Maryland, con 13.000 estudiantes, y el colegio Gallaudet, fundado por Lincoln, la única Universidad mundial para los sordos. En estos trescientos centros hay una población de más de doscientos cincuenta mil estudiantes y se mantienen con un presupuesto de unos ciento veinte millones de dólares al año, que constituye en Washington el tercer tipo de gastos en la escala financiera.

Otras piezas culturales integrables en el sistema y con una utilización evidente en la televisión son la Biblioteca del Congreso, con sus treinta millones de libros, mapas y fotografías, y su presupuesto anual de nueve millones de dólares; la biblioteca más numerosa del mundo de materias agrícolas situada en el Ministerio de Agricultura, y la mejor biblioteca de material shakespeariano fuera de Inglaterra. Los museos de Washington contienen millares de obras artísticas que pueden ser riquísimo material para los programas televisados, tales como las Galerías Corcoran y Frick, el Museo de la Smithsonian y la Galería Nacional, con más de diez mil obras artísticas y cuyo valor de exhibición óptica se calcula en más de cien millones de dólares.

La estación de televisión en su aspecto económico presenta un presupuesto de doscientos mil dólares para coste de instalación y ciento cincuenta mil dólares anuales para gastos de funcionamiento, sin incluir en esta cifra los gastos originados por la programación, es decir, estipendios a conferenciantes y profesores y utilización de material escolar o artístico presentado en la pantalla. Parece, por tanto, que un plan quinquenal de trescientos mil dólares anuales, que es el proyecto del Padre McGrath, satisfará plenamente todas las exigencias económicas. Como se prevén treinta grupos afiliados y que cada uno puede aportar diez mil dólares anuales, el porvenir financiero evidentemente sonrío sobre la torre todavía imaginada de la Universidad washingtoniana por televisión.

Si todo esto se proyecta sobre las posibilidades financieras de los habitantes de Washington, que tienen el porcentaje de renta más alto de los Estados Unidos, y de sus cincuenta instituciones educativas de carácter nacional que radican en la capital, entre las que se encuentran sociedades tan famosas como la Academia Nacional de Ciencias, la Sociedad Geográfica Nacional y la Institución de Carnegie, que ha dado cuarenta y seis millones de dólares para investigaciones biológicas... se comprenderá fácilmente que una Universidad por televisión en Washington no es un sueño, sino un plan perfectamente realizable desde el punto de vista financiero de quien la va a pagar, y educativo de quien va a enseñar en ella.

Al llegar aquí quizá alguien haga la pregun-



ta de quién va a ser educado en dicha Universidad. La pregunta, francamente, me parece indiscreta, o al menos así pareció a los respetables miembros del Instituto de Televisión Educativa para Wáshington reunidos en la Universidad de Georgetown ante los cuales formulé yo esta pregunta. Claro es que yo entonces no sabía que en Wáshington funcionaban 386.799 receptores y que, por tanto, existía un mínimo de 773.598 ojos educables. Mi pregunta la formulé en forma de dilema: ya que la estación ha de funcionar ocho horas diarias según la ley, es evidente que los programas, o bien se dan en las horas en que los estudiantes están en las escuelas y los funcionarios en sus empleos, o bien en las horas en que todo el mundo se retira a su casa. Si se dan durante las horas lectivas, entonces la televisión se intenta parcialmente como un sustituto del profesor o de las prácticas de laboratorio o estudio privado, lo cual parece un error. Si los programas se reservan para las horas en que regresamos a casa, después del trabajo o del estudio, es muy de temer que los miles de empleados federales que forman la población washingtoniana estén cansados de una labor eminentemente intelectual y nerviosa, y que no quieran recibir más educación en tiempo de descanso, prefiriendo los programas de deportes, de música o de comedia, sin olvidarse de acompañar diariamente a los *cow-boys* y a los dramas policíacos.

El presidente de la Comisión, al escuchar esta objeción dijo que era la primera seria que se presentaba en la tarde, e invitó a algunos de los circunstantes a contestarla, entre los

cuales dos tomaron la palabra. El primero nos dijo que tenía una hija de cinco años, llamada Sussie, muy salada, que después de ver en la televisión los programas hacía preguntas sobre ellos, lo cual ponía de relieve el valor educativo del artefacto. El segundo nos dijo que la televisión educativa podría enseñarnos cómo se hacen muchas cosas de las que estamos rodeados, como por ejemplo, una botella, y que esto era muy interesante. Todo el mundo encontró las respuestas verdaderamente iluminadoras, y yo comprendí una vez más que tal vez la televisión pudiera tener los efectos educativos que preconizaban el padre de Sussie y la señora de la botella.

Pero en todo caso, por encima de las dificultades técnicas y legales, que son bastantes, pero que se pueden resolver, y más allá de las objeciones de carácter pedagógico, psicológico y social, que son muchas más y algunas de las cuales yo no creo que se puedan superar, el proyecto de una Universidad por televisión en Wáshington empieza a abrirse camino al lado de otros hermanos que ya han asomado sus ojos a la vida, y con ello está iniciada una fase de una revolución pedagógica y humana cuyas consecuencias por ahora son difíciles de prever. Yo mientras tanto me limito a subirme en esta tarde suavísima a la torre de piedra del viejo Georgetown, para desde allí saludar a la torre invisible de la nueva Universidad por televisión que levanta sus antenas de esperanza en un poniente de escarlata.

JOSÉ A. DE SOBRINO